Tradición, invención y autoridad en el refranero actual

SHIRLEY ARORA
Universidad de California, Los Ángeles (Estados Unidos)

Parece punto menos que imposible llegar a un acuerdo sobre una definición del *refrán*, o del *proverb* en inglés, que cubra todas las posibilidades y satisfaga a todos los que usamos y estudiamos estos elementos tan importantes de ambos idiomas; pero el título de esta presentación reúne dos de las cualidades más frecuentemente asociadas con ambos términos: *tradición* y *autoridad*. Se supone que ésta deriva de aquélla, es decir, que es la tradición la que confiere sobre el refrán la "autoridad", ya que el haber sido transmitido "de generación en generación", como dice el *Diccionario* de la Real Academia Española en su definición de «tradición», implica un consenso, una aceptación general a lo largo de los años o —amplificando el concepto como lo hace Archer Taylor en su conocida definición general del *proverb* como «a saying current among the folk»— una amplia circulación dentro del habla cotidiana, sea actual o del pasado (Taylor, 1931: 3). Aplicar entonces al refrán el tercer término incluido en el título de este trabajo, *invención*, parece desde luego una contradicción. Se diría que un refrán "inventado" carece de tradicionalidad y, por tanto, de autoridad; es decir, no puede ser refrán ni funcionar como tal. Sabemos, claro está, que todo refrán fue inventado por algún individuo, en algún momento, pero nos resistimos a la idea de que se considere *refrán* desde aquel instante de creación más o menos feliz. Se supone que necesita pasar por cierto período de prueba, adquirir el sello del consenso, o sea el reconocimiento de ser "verdadero", para que se le conceda el título de "refrán" junto con la autoridad que acompaña a ese título.

Me parece que el conflicto entre "tradición" e "invención" se resuelve si tenemos en cuenta dos conceptos del refrán que hasta cierto punto coinciden pero que también se distinguen, o deben distinguirse, uno del otro: el refrán como "categoría analítica" y el refrán como "género étnico o etnográfico"; términos empleados y amplificados por el folclorista norteamericano Dan Ben-Amos para señalar la diferencia entre el concepto que tiene el investigador del fenómeno folclórico que quiere estudiar, y el concepto que tiene de ese mismo fenómeno el pueblo a quien pertenece (Ben-Amos, 1969). En el caso del *refrán* y del *proverb*, no se apartan notablemente uno y otro concepto, aunque se nota en el caso de la "categoría analítica" una tendencia a tratar de distinguir entre una gran variedad de subcategorías (apotegma, adagio, sentencia, aforismo, máxima, frase proverbial, etc.), que poco tienen que ver con el "género étnico" *refrán*. Es más: el género étnico *refrán* y su correspondiente género en inglés, *proverb*, coinciden perfectamente, o casi perfectamente, como se ve fácilmente en la larga lista de 55 definiciones del *proverb* recogidos por Wolfgang Mieder de otros tantos individuos, angloparlantes nativos, que contestaban espontáneamente a la pregunta «How would you define a proverb?» [¿Cuál es para usted la definición de un refrán?] (Mieder, 1985: 111-116; Mieder, 1993: 18-25). Hay que tener en cuenta que los que respondieron a la petición de Mieder no eran lingüistas, ni mucho menos paremiólogos, sino representantes del "pueblo" norteamericano moderno, elegidos aparentemente al azar. Sus

respuestas corresponderían, por tanto, al género étnico o etnográfico —al concepto que tiene un angloparlante típico de lo que constituye un *proverb*. Y es interesante notar que a pesar de las observaciones hechas por algunos estudiosos del *proverb*, que han proclamado la desaparición —actual o inminente— del mismo, estos 55 individuos no tuvieron ninguna dificultad en expresar en términos a veces bastante exactos y detallados su concepto del *proverb*, y que estuvieron de acuerdo en señalar las características básicas del género: la brevedad, la sabiduría o la función didáctica, y la calidad tradicional —rasgos todos atribuidos también al refrán por la gente de habla española.

Esto del "género étnico" puede parecer un punto bastante obvio, pero no por eso se debe hacer caso omiso de su importancia primordial. Si no existiera esta categoría cultural, reconocida por los que hablan el idioma, ningún *refrán* o *proverb* podría funcionar como tal. Hay que tener, por un lado, una categoría más o menos abstracta a la que se le atribuye tradicionalidad y, por tanto, autoridad, y luego alguna manera concreta de identificar las expresiones que pertenecen a tal categoría y que gozarán, por consiguiente, automáticamente, de esas dos cualidades claves. Parece haber muy pocos grupos étnicos o culturas que no tengan una categoría aproximadamente equivalente a nuestros *refranes* o *proverbs*, aunque sigue en pie el debate sobre su presencia o ausencia entre ciertas tribus indígenas de las Américas, por ejemplo. Tanto el concepto étnico del género como los criterios empleados para identificar los miembros individuales del género varían de cultura en cultura; pero se da por entendido que tiene que existir primero la categoría étnica, sin la cual no podrán existir los miembros individuales de esa categoría.

Dejando a un lado ahora el refrán como género étnico y centrándonos en la categoría analítica correspondiente, encontramos que los dos tienen mucho en común. Las definiciones o descripciones que nos ofrecen los paremiólogos que se dedican al estudio del *refrán* y del *proverb* están de acuerdo en cuanto a la importancia de la forma concisa, del contenido moral o didáctico, y sobre todo de la tradición, la noción de una herencia común compartida por los que hablan cierto idioma, o de un consenso que confiere autoridad al refrán en el contexto del discurso natural. Pero hay que tener en cuenta que estas cualidades atribuidas al refrán —brevedad, enseñanza, contenido moral, consenso— constituyen una descripción más que una definición. No sirven en sí para distinguir entre el *refrán* y cualquier otro enunciado. Hay innumerables frases breves que no son refranes; hay una infinidad de consejos u observaciones morales que tampoco entran en la categoría de *refrán*. Enfin, el único atributo entre los citados arriba que puede funcionar para distinguir entre refrán y no-refrán es el hecho de ser tradicional. Y aquí surge un problema de importancia trascendente, porque entre todos los atributos mencionados, la tradicionalidad es la única que no se puede identificar o verificar dentro del texto mismo que estudiamos (véase Arora, 1984: 4-9; Mieder, 1989: 13-27). Si no se trata de un texto que ya conocemos, sea por haberlo escuchado dentro del discurso diario o sea por haberlo leído en algún lugar, tenemos que acudir a los recursos o fuentes externos —orales o impresos— para asegurarnos de que sí lo que tenemos entre manos es un refrán. Consultamos las grandes colecciones, y las no tan grandes; las obras de literatura o de historia, los tratados religiosos o políticos, y la tradición oral misma si tenemos la ventaja de vivir rodeados de ella para poder escuchar en voz viva el empleo de la expresión que nos interesa. El proceso puede ser largo y difícil, y de vez en cuando la verificación resulta imposible. Sin embargo, en todo esto tenemos nosotros, los investigadores, una ventaja enorme que no tiene el individuo, representante del pueblo, cuando oye por primera vez una expresión que parece ser de tipo proverbial. ¿Debería acatarlo como refrán, o considerarlo simplemente como consejo u observación personal de parte del interlocutor, digno de tener en cuenta, tal vez, pero sin la autoridad conferida por la tradición? En tales circunstancias el oyente sólo tiene una opción para confirmar la "tradicionalidad" de esa expresión hasta ahora desconocida: referirla a ese género étnico abstracto que es el *refranero*, y si parece caber allí, concederle toda la autoridad de la que goza cualquier refrán simplemente por ser miembro de ese género. En esto el individuo puede equivocarse. Es posible que no se trata de un refrán, sino de alguna invención más o menos feliz de la persona que habla o escribe; pero eso no importa para nada. Para que sirva de refrán, para que goce de autoridad de refrán, basta que el oyente lo reciba como tal. Puede que sea un refrán antiguo, viejísimo, hasta entonces ignorado por

el oyente, o puede que sea una creación verbal espontánea de parte del interlocutor; el resultado es igual. Es posible que este supuesto refrán lo repita el oyente después, con más o menos exactitud, dentro de algún contexto adecuado, pero eso tampoco importa sino como una futura etapa en el proceso de "tradicionalización". El hecho es que el refrán, para funcionar como tal en un contexto dado, sólo tiene que ser considerado como refrán dentro del contexto mismo en que se emplea. El paremiólogo bien puede negársele esa denominación e insistir en que una expresión que carece de anotación escrita, de documentación histórica o difusión geográfica, no merece ser admitido a la venerable fraternidad de los refranes. Hasta puede empeñarse en buscar no una sola referencia escrita sino por lo menos dos, si es posible, para eliminar la posibilidad de que haya entrado algún "falso refrán" en alguna colección por descuido o malicia del compilador. El pueblo no es tan exigente. Basta que se distinga cierto enunciado entre los demás enunciados de una conversación, sermón, página, etc., lo suficiente para que salte a la vista, o al oído, como cosa ajena a aquel contexto —como cosa que pertenece a algún "Otro" y no a la persona que habla o escribe— para sospechar que se trata de un refrán, y si tiene ciertas características formales que se asocian con los refranes, es casi inevitable la identificación como tal. Una vez hecha aquella identificación, lo demás es automático. Aquel enunciado, tradicional o inventado, poseerá en aquel momento toda la autoridad que caracteriza al género étnico del refrán.

Estas ideas las abordé hace unos quince años (Arora, 1984) y las he ido ampliando después en reacción a ciertas observaciones hechas en relación con el ambiente lingüístico en que vivo y trabajo. Quisiera ofrecer primero un breve resumen de esa investigación inicial, para después explicar cómo han ido evolucionando estas ideas con el tiempo y la experiencia, junto con ciertos cambios que se han podido observar en el ambiente lingüístico ya aludido. Nacieron estas consideraciones, al principio, de la lectura del excelente artículo de Arewa y Dundes (1964) sobre el empleo de refranes en la crianza y educación de los niños entre los yóruba del África occidental. Observan los autores que, al dirigirse al niño mediante un refrán, los padres en efecto «proyectan la culpa y la responsabilidad por la educación del niño sobre el pasado anónimo, sobre el pueblo [el 'folk'] anónimo». Continúan de este modo:

> El niño sabe que el refrán que emplea el padre o la madre que lo regaña no lo compuso él o ella. Es un refrán que proviene del pasado cultural y cuya voz expresa la verdad en términos tradicionales. Son los antepasados, los viejos que le hablan; es el Otro, el 'se dice', o el 'dicen que...' que guía o dirige. El padre o la madre no pasa de ser el instrumento por medio del cual ese refrán le habla al oyente [es decir, al niño] (Arewa y Dundes, 1964: 70; la traducción es mía.)

Este párrafo es un resumen feliz del proceso por medio del cual el refrán puede cumplir con uno de sus papeles principales, la educación de los niños; pero a mí me llamó sobre todo la afirmación importante con que empieza el párrafo que acabo de citar: «El niño sabe que el refrán que emplea el padre o la madre que lo regaña no lo compuso él o ella» sino que «proviene del pasado cultural». Pues bien, este niño, con sus tiernos años y su experiencia tan limitada, ¿cómo precisamente puede *saber* eso? Es más, con algunos ligeros cambios, el mismo párrafo se podría adaptar a cualquiera situación en que el oyente o receptor oye por primera vez cierta frase, cierto enunciado: «El oyente *sabe* que el refrán que emplea su *interlocutor* no lo compuso él. Es un refrán que proviene del pasado cultural y cuya voz expresa la verdad en términos tradicionales. Son los antepasados, los viejos que le hablan; es el Otro, el 'se dice', el 'dicen que...' que guía o dirige. El *interlocutor* no pasa de ser el instrumento por medio del cual ese refrán le habla al oyente». Pues bien, podemos hacer la misma pregunta, como en el caso del niño: ¿Cómo *sabe* el oyente, cómo puede *saber* que esa expresión para él desconocida es en realidad un refrán, es decir, la voz del «pasado cultural» que le habla, y no simplemente una afirmación u observación personal de su interlocutor?

Me referí hace poco al ambiente lingüístico en que vivo y trabajo, un ambiente urbano en que la población pronto llegará a tener una mayoría de personas de ascendencia hispana (aunque no todos hablan con fluidez el idioma de sus antepasados). Esta situación nos ofrece un contraste claro con el ambiente típico de la transmisión "de generación en generación" de la que habla el *Diccionario* de la Academia y a la que se refieren tantas definiciones del refrán y de otros fenómenos folclóricos.

Lo que falta en este tipo de ambiente es la continuidad. Ha habido una ruptura de la tradición cultural u oral que en circunstancias más típicas facilita el reconocimiento del refrán, aumentando la probabilidad de que el oyente lo haya escuchado antes. Desprovisto de este elemento de reconocimiento —sin duda el más fuerte entre los indicios que pueden ayudar a juzgar la tradicionalidad o la falta de ella— el oyente tiene que basarse en otras características que puedan servir para distinguir entre "lo tradicional" o "lo inventado", es decir, ciertas características formales que hacen resaltar el refrán por entre los enunciados normales de la conversación. Estas características son, en general, las mismas que se han citado innumerables veces como típicas del refrán: la métrica, la rima, la simetría, el bimembrismo, la metáfora, etc. Tendemos a mencionarlas como elementos mnemotécnicos, que favorecen la transmisión oral del refrán haciendo más fácil el recordarlo y repetirlo. Es decir, que ponemos énfasis en la importancia que tienen estos elementos para el individuo que emplea el refrán, haciendo poco caso de la igual o mayor importancia que tienen desde el punto de vista de la persona que oye.

En vista de todas estas consideraciones, me preguntaba entonces si sería posible investigar la importancia relativa de varios elementos en el funcionamiento del refrán, abordado desde la perspectiva del oyente, y de un oyente que en este ambiente especial al que acabo de referirme, puede carecer en gran parte del apoyo de una tradición fuerte y viviente para ayudarle a decidir si una expresión desconocida para él es un refrán o no lo es. Preparé una lista de 25 expresiones en español y les pedí a los encuestados —casi todos universitarios— que indicaran en cada caso una de tres posibilidades: 1) reconocían la expresión como refrán por haberla escuchado o leído en alguna ocasión anterior; 2) no la reconocían, pero juzgaban que probablemente era un refrán, y 3) no les parecía ser refrán. Ese primer grupo de encuestados constaba de 46 individuos que hablaban todos el español como lengua nativa, aunque para algunos, nacidos en Los Ángeles y educados en nuestro sistema de escuelas públicas, la lengua dominante ya era el inglés. He aquí la lista de expresiones empleada para esta encuesta inicial[1]:

1. No es oro todo lo que relumbra.
2. Más vale llegar a tiempo que ser convidado.
3. El dinero del tonto se gasta pronto.
4. Hijo de cabra, mucho salta.
5. No tiene la culpa el ladrón sino el que le da ocasión.
6. El que nace para leer, del cielo le caen los libros.
7. Más vale perder que volver a encontrar.
8. Aserrín, aserrán, si tú no lo pagas no te lo dan.
9. No compres fiado porque te resulta más caro.
10. Si te levantas temprano, tendrás un día provechoso.
11. Si te duele la cabeza, cierra los ojos y reza.
12. Cada uno tiene su destino y no lo puede cambiar.
13. Así son las cosas: para algunos, espinas, para otros, rosas.
14. No hay regalo desinteresado.
15. A veces las cosas que menos cuestan resultan más costosas.
16. No hay peor aprendiz que el que no quiere saber.
17. El que está solo es más pobre que el que está sin dinero.
18. El más sabio hace tonterías de vez en cuando.
19. El muerto a la tumba y el vivo a la rumba.
20. Caballo viejo no pierde camino.
21. No hay campana sin badajo, ni sopa buena sin ajo.
22. Noche y mañana canta la rana.
23. Hay que saber aprovechar y no dejarse engañar.
24. El que se queja, faltas tiene.
25. No seas como los conejos, que sólo miran desde lejos.

La lista de expresiones empieza con dos refranes cuya clasificación como tal no deja lugar a dudas: uno muy difundido (*No es oro todo lo que relumbra*) y otro bien documentado aunque de

[1] Esta lista estaba en la encuesta original; después, debido a un error tipográfico que pasó inadvertido durante mucho tiempo, quedó omitida la última expresión de la lista y resultó más fácil eliminarla de ambas encuestas y seguir adelante con las 24 restantes. Esta discrepancia no afecta de manera significativa los resultados de las encuestas.

difusión más limitada y, si no me equivoco, solamente hispanoamericana (*Más vale llegar a tiempo que ser convidado*). Las demás expresiones son refranes "inventados" —pseudorefranes, por decirlo así— que incorporan varios rasgos formales o de contenido que me parecía podrían influir en la clasificación de una expresión como refrán o no-refrán. Aquí figura en primer lugar la rima, elemento importantísimo en el refranero español (en contraste con el caso del *proverb*); hay rima consonante en diez de los pseudo-refranes y asonancia en otros tres (Los dos refranes "genuinos" carecen de rima y fueron elegidos en parte por eso). A veces se trataba deliberadamente de invocar en el lector, o el oyente, una especie de reconocimiento falso, mediante un vocabulario o una estructura semejante a algún refrán conocido o asociado con otro género popular (véase, p. ej., los nos 5, 6, 8, 16 y 19). En otros casos se expresaba, en el pseudo-refrán, algún tema común del refranero, pero en una forma que carecía de los supuestos "indicios" formales de la tradicionalidad (nos 10, 12, 17 y 18), o, al contrario, se empleaba en el pseudo-refrán alguna fórmula refranesca conocida pero con algunas modificaciones de vocabulario con que se intentaba reducir el aspecto "tradicional" (nos 6 y 19). Y finalmente, dado el énfasis, dentro del concepto étnico del refrán, en su función como expresión de sabiduría popular —de un consenso o de una "verdad" generalmente reconocida— se incluyeron en la lista unos ejemplos de significado algo oscuro, para examinar así la importancia de la idea o del contenido en comparación con los rasgos puramente formales como la rima o el ritmo (nos 7 y 22, p. ej.)[2].

Sin repetir en detalle los resultados de aquella primera encuesta, presentados y analizados en el estudio ya aludido (Arora, 1984), quisiera ofrecer aquí algunas observaciones significativas en relación con los resultados obtenidos desde entonces, con la misma lista de pseudo-refranes pero con un grupo mucho más grande y heterogéneo de encuestados —unos 240 en total[3]— que incluyen no sólo estudiantes universitarios sino también un número considerable de personas mayores, casi todas nacidas en México pero con una buena representación de otros países también.

Esta encuesta más extensa, que llamaré la "segunda" aunque es más bien una prolongación de la encuesta original e incorpora los datos de ésta, todavía continúa y tiene el mismo fin: tratar de evaluar el papel de varios elementos en la percepción de la "tradicionalidad" o "proverbialidad" de cualquiera expresión. Se supone que si el número de encuestados que "reconocen" cierta expresión o que la consideran "probablemente un refrán" predomina notablemente sobre el número de personas que la rechazan como refrán, aquella expresión tendrá una gran posibilidad de funcionar como refrán al emplearse en un contexto adecuado. En tal caso, desde el punto de vista del oyente, o sea desde el punto de vista "étnico", *es* un refrán, aún desde el momento de su creación. Si sobrevive después, si logra entrar de lleno en la corriente de la tradición oral, ésa es otra cuestión, de mucha importancia para el investigador y de poca o ninguna para el individuo que escucha por primera vez el supuesto "refrán" y que después podrá repetirlo en otra ocasión o simplemente olvidarlo.

Una de las cosas específicas que se quiso explorar con esta encuesta era el papel del "falso reconocimiento", o sea la capacidad de alguna expresión de suscitar en el encuestado una impresión de haberla oído o leído en alguna ocasión anterior, aunque —en el caso del refrán "inventado" o pseudo-refrán— es una impresión equivocada. No es cuestión de "engañar" al encuestado, ni tampoco de sugerir que en tales casos el encuestado esté falsificando deliberadamente su respuesta, sino de demostrar la manera en que ciertos refranes conocidos llegan a influir en el juicio que hace el oyente con respecto a un "refrán" (o no-refrán) antes desconocido. De los 22 pseudo-refranes en

---

[2] Debo mencionar que en un caso —y espero que en solamente uno— "inventé" un refrán que ya existía en una forma tan parecida que se podría considerar una variante: me refiero a la tercera expresión de la lista original, *El dinero del tonto se gasta pronto*, con la que quise crear en español un equivalente rimado del inglés *A fool and his money are soon parted*. Sólo después de concluida la investigación, topé, por casualidad, con un refrán "tradicional", recogido por Rodríguez Marín, *El dinero del tonto se escurre pronto* (Rodríguez Marín, 1930: 105). Hasta ahora no he encontrado este refrán en ninguna otra colección impresa.

[3] El número varía de expresión en expresión porque algunos encuestados omitieron algunas respuestas, pero los porcentajes se han calculado sobre el número exacto de encuestados que respondieron en cada caso.

la lista, ninguno ha sido "reconocido" por menos de 26 personas, o sea 13% de los encuestados que respondieron en aquel caso específico, y el pseudo-refrán más "exitoso" (*El muerto a la tumba y el vivo a la rumba*) lo "reconocieron" 134 (56%). Está claro que en tales casos, cuando al oyente le parece que ya conoce cierta expresión, no dudará en considerarla "refrán"[4]

En la primera columna de la tabla siguiente, las expresiones aparecen en el orden de la frecuencia con que fueron "reconocidas" en la segunda encuesta, con un número que indica su rango en la lista seguido por el porcentaje de encuestados que la "reconocieron". Estos datos pueden compararse con los de la primera encuesta, que aparecen en la segunda columna. Cuando hay más de una expresión con el mismo porcentaje, el número que indica la frecuencia lleva pospuesta una letra (p.ej., 6a y 6b). El número que precede a cada expresión es el que llevaba en la lista original, que se incluye para facilitar la referencia.

Porcentaje de encuestados que reconocieron cada expresión

Nº	1998	1984	Nº	1998	1984
1	1: 72%	1: 87%	21	12a: 27%	16: 21%
19	2: 56%	2: 61%	17	12b: 27%	12: 28%
20	3: 51%	4: 54%	22	12c: 27%	14b: 24%
13	4: 45%	11b: 30%	6	13a: 26%	10: 33%
5	5: 44%	3: 55%	14	13b: 26%	9: 35%
3	6a: 42%	11a: 30%	10	14: 25%	14a: 24%
9	6b: 42%	7: 40%	24	15a: 24%	14c: 24%
15	7: 40%	8: 39%	4	15b: 24%	17: 20%
2	8: 38%	6: 43%	12	16: 22%	18b: 15%
16	9: 37%	5: 50%	18	17: 19%	18c: 15%
8	10: 31%	15: 22%	7	18: 13%	19: 11%
23	11: 29%	13: 26%	11	19: 11%	18a: 15%

No sorprende que el refrán más "reconocido" de la lista, en ambas encuestas, sea el refrán genuino *No es oro todo lo que relumbra*, muy conocido e internacional, escogido precisamente por su amplia difusión tanto en inglés como en español. Lo reconocieron 172 encuestados (72%) en la segunda encuesta, y en la primera el porcentaje había llegado a 87%. La diferencia podría reflejar la mayor proporción, en la encuesta más reciente, de individuos nacidos y criados en los Estados Unidos y tal vez algo separados de la tradición hispanoparlante. El otro refrán genuino, *Más vale llegar a tiempo que ser convidado*, fue reconocido por 85 personas (38%), quedando superado, no sólo por *No es oro todo lo que relumbra* sino también por siete pseudo-refranes. En general, no hay diferencias notables en los datos para las dos encuestas, en lo que se refiere a los pseudo-refranes, pero vemos que *Así son las cosas: para algunos, espinas, para otros, rosas* fue reconocido por 45%, o casi la mitad, de los que participaron en la segunda encuesta, y por sólo 30% en la primera, mientras que *No hay peor aprendiz que el que no quiere saber*, que la mitad de los encuestados de 1984 creyeron reconocer, sólo fue reconocido por 30% en la segunda encuesta.

El reconocimiento —genuino o falso— es el camino más seguro y más corto hacia la identificación de cualquier enunciado como "refrán", es decir, como algo que pertenece a la tradición anónima y no a la persona que habla. Pero hay otros factores que ayudan a hacer tal identificación, llevando al oyente a concluir que, aunque no conozca la expresión en cuestión, es

[4] Hay que tener en cuenta que no se trata aquí de distinguir entre varias clases de paremias (refrán, proverbio, adagio, máxima, frase proverbial, etc.), ya que éstas pertenecen más bien a la categoría analítica y no al género étnico del refrán. Identificar un enunciado como "refrán" equivale simplemente a identificarlo como tradicional.

"probablemente" un refrán y, por tanto, debe ser aceptado como tal. Todo hablante nativo de cualquier idioma llega a formar muy pronto una idea de las estructuras típicas de ese idioma, las que forman parte del habla cotidiana, del discurso natural o "normal". Cuando oye o lee una expresión que se aparta notablemente de esas estructuras, tiende a concluir que se trata de alguna expresión ajena al texto hablado o escrito, y que podría ser un refrán. Este juicio es más difícil cuando la expresión se encuentra fuera de contexto, como en nuestra encuesta, pero se puede hacer a partir de las características formales y estructurales de la expresión. Influye también el contenido, el significado, de la expresión, pues no hay que olvidar la importancia de ese elemento un tanto elusivo del "consenso", el cual se reduce muchas veces al hecho de estar el oyente de acuerdo con la idea que expresa el supuesto refrán. Una expresión que, en la opinión del oyente, «no tiene sentido» puede ser rechazada precisamente por eso, lo que ha ocurrido, por ejemplo, con *Más vale perder que volver a encontrar* (véase Arora, 1984: 23).

Llegamos ahora a la idea central de estas dos encuestas: si sumamos el número de personas que creen reconocer cierta expresión y, por tanto, la consideran refrán, al número de personas que no la reconocen pero que, a partir de varias características internas, la juzgan «probablemente un refrán», y, si luego comparamos el resultado con el número de individuos que juzgan que *no* es refrán, tendremos una especie de "tanteo de proverbialidad", por decirlo así, para cada expresión. En la lista que presentamos ahora, los refranes y los pseudo-refranes aparecen en el orden de su "proverbialidad percibida", es decir, según el porcentaje de encuestados que los juzgaban ser refranes o refranes probables, comparado con el porcentaje que no los consideraban refranes (El número que precede a cada expresión indica su posición en la lista original y se incluye sólo para facilitar la localización). Otra vez, se incluyen en una segunda columna los datos publicados en 1984, para facilitar le comparación con los más recientes.

"Proverbialidad percibida" de cada expresión

Nº	1998	1984	Nº	1998	1984
1	1: 95%	1: 96%	6	12a: 70%	4c: 78%
20	2: 91%	3a: 85%	24	12b: 70%	5b: 76%
3	3: 89%	4a: 78%	4	13: 69%	12: 63%
13	4: 88%	7: 72%	8	14a: 67%	14: 60%
19	5: 87%	3b: 85%	14	14b: 67%	10: 67%
5	6: 84%	3c: 85%	17	14c: 67%	11: 65%
16	7: 80%	2: 87%	22	15: 57%	13: 61%
23	8: 77%	4b: 78%	18	16: 60%	18: 44%
9	9a: 76%	9: 69%	7	17: 55%	16: 49%
21	9b: 76%	5a: 76%	10	18: 52%	17: 48%
15	10: 75%	6: 74%	11	19: 48%	15: 50%
2	11: 73%	8: 70%	12	20: 39%	19: 27%

Sigue en primer lugar *No es oro todo lo que relumbra*, con una "proverbialidad percibida" de 95%; pero el otro refrán genuino, *Más vale llegar a tiempo que ser convidado*, se encuentra ahora superado por 10 pseudo-refranes, además del genuino que encabeza la lista. Varios factores podrían influir en este resultado: una distribución geográfica aparentemente mucho más limitada, que reduce la probabilidad de que el encuestado lo haya escuchado antes; la carencia relativa de indicios conspicuos de "tradicionalidad", fuera de la fórmula inicial famosa «Más vale...», y quizá también un significado algo difícil de captar sin la ayuda de un contexto adecuado. El refrán se emplea, comúnmente, en una nota festiva, cuando una persona llega inesperadamente a una fiesta, o en el momento en que la familia se sienta a la mesa para comer, o en alguna circunstancia parecida.

El segundo lugar de esta tabla, lo ocupa el pseudo-refrán *Caballo viejo no pierde camino*, con un porcentaje de 91%. Luego siguen otros nueve pseudo-refranes, todos con porcentajes de 75% o más, lo que quiere decir que más de tres cuartos de los encuestados los consideraban refranes o refranes probables. Cabe notar que siete de estos nueve exhiben rima consonante y en otro hay asonancia; por otro lado, los dos refranes genuinos incluidos en la encuesta carecen de rima —y fueron utilizados precisamente por eso. Tampoco hay rima en el pseudo-refrán más "exitoso", *Caballo viejo no pierde camino*, pero aquí influye sin duda otro indicio importante, la falta del artículo, rasgo común en los refranes pero no en la conversación cotidiana. Como ya se indicó anteriormente, el refrán genuino *Más vale llegar a tiempo que ser convidado* queda superado, en cuanto a la "proverbialidad percibida", por 10 pseudo-refranes más el refrán genuino que encabeza la lista.

Son de interés especial los cuatro últimos "refranes" de la lista, ya que se supone que son los que tendrían menos posibilidad de funcionar como tal en el discurso cotidiano. Aquí aparecen *Más vale perder que volver a encontrar*, con un tanteo de 55%, el resultado tal vez de cierta dificultad de comprensión fuera de algún contexto que le dé un significado claro; *Si te levantas temprano, tendrás un día provechoso* (52%), expresión que reproduce una idea proverbial, presente en varios refranes muy conocidos (*Al que madruga, Dios le ayuda*), pero que carece de los indicios formales asociados con la proverbialidad; *Si te duele la cabeza, cierra los ojos y reza*, con sólo 48% a pesar de su rima, posiblemente por deficiencias de contenido, y, en último lugar, *Cada uno tiene su destino y no lo puede cambiar*, con 39% (y con sólo 27% en la primera encuesta), otra idea proverbial expresada en innumerables refranes "destinistas" (véase Arora, 1998) pero que aquí, tal vez por carecer del efecto suavizante de la metáfora y de los rasgos estilísticos característicos del refrán, queda rechazada por una gran mayoría de los encuestados.

¿Qué es lo que sugieren en su totalidad los resultados que acabamos de examinar? Hace quince años, cuando se llevó a cabo la primera encuesta, el fin principal era identificar, hasta donde fuera posible, los elementos más importantes que contribuían a la identificación de un refrán, en la primera ocasión de conocerlo. Se trataba de un concepto general —el papel clave del oyente en el proceso de transmisión— y se intentaba evaluar la importancia para éste de varias características —formales y de contenido— que podrían ayudarle a juzgar si era o no era "refrán" el enunciado que se le acababa de dirigir, o ayudarle a distinguir entre lo que decía su interlocutor y lo que decía "la tradición", "el pasado cultural". Sin duda uno de los factores que más influyen en ese juicio es la repetición, el haber escuchado el mismo enunciado en otra ocasión, tal vez en boca de otra persona. En una comunidad "tradicional", cuyos miembros viven en contacto diario unos con otros, los refranes forman parte del discurso cotidiano, se oyen y se repiten "de generación en generación" o de persona en persona, dentro y fuera del hogar. Los niños crecen escuchándolos y si no los emplean ellos mismos, por lo menos llegan a reconocerlos y a recordarlos[5], y los adultos siguen repitiendo los refranes de su repertorio y aumentando éste de cuando en cuando con nuevos ejemplos, escuchados o leídos, que les gustan y les parecen útiles. Aquí también, en la adquisición de refranes antes desconocidos, influye la capacidad del oyente de identificar la expresión en cuestión como refrán, basándose en las características formales que ayudan a diferenciarlo de entre los enunciados "normales" de cualquiera conversación, pues si no le parece refrán no se sentirá inclinado a recordarlo ni repetirlo, ayudado por esas mismas características que ahora pasan a ser mnemotécnicas.

En un ambiente como Los Ángeles, o en cualquier ambiente urbano donde la población es de origen heterogéneo y donde ha habido, por consecuencia, una ruptura de las líneas de transmisión

[5] Véase la interesante encuesta llevada a cabo por Julia Sevilla Muñoz y Juan Carlos Díaz entre estudiantes madrileños de varios niveles, para ver hasta qué punto se desarrollaba en éstos la «competencia paremiológica pasiva» necesaria para «saber citar a tiempo el refrán adecuado» (Sevilla Muñoz y Díaz, 1997: 367). Esa misma competencia pasiva será un elemento importante en la capacidad del oyente para identificar como refrán alguna expresión escuchada por primera vez, ya que muchas veces el parecido que tiene cierta expresión con otra ya conocida lleva al oyente a juzgarla también como refrán.

que constituyen la tradición, la apariencia de tradicionalidad —el conjunto de rasgos formales y de contenido que llegan a persuadir al oyente de que sí lo que escucha es un refrán— cobra cada vez más importancia. Aquí las personas mayores, de origen diverso, conservan el repertorio de refranes de su lugar natal, pero se encuentran en contacto constante con personas de otras regiones o países de habla española, muchas veces con un repertorio distinto. Aprenderán refranes nuevos, pero es muy posible que algunos de los que saben caerán en desuso. Los jóvenes, por su parte, o son bilingües o hablan predominantemente el inglés, conservando en muchos casos un conocimiento solamente oral de la lengua de sus primeros años. Sin poder contar con una firme base tradicional, tienen que recurrir a su capacidad —a veces bien desarrollada, a veces no— de identificar los rasgos formales característicos de los refranes en contraste con los enunciados del discurso normal, y en muchos casos lo hacen con bastante éxito. Lo que no tienen estos jóvenes, posiblemente, es el tipo de "competencia pasiva" que demuestran los estudiantes madrileños encuestados por Julia Sevilla y Juan Carlos Díaz (véase la nota 5), para poder hacer uso eficaz de los refranes que conocen o aprenden; pero si mantienen su conocimiento de la lengua, es posible que adquieran esa capacidad con el tiempo y cuando se encuentren en circunstancias que favorezcan el empleo de los refranes.

Me parece que, en su totalidad, las observaciones hechas a partir de estas dos encuestas nos invitan a cuestionar, o por lo menos a examinar con más cuidado, algunos conceptos asociados o con el refrán como género étnico o con el refrán como categoría analítica. Hemos visto las dificultades que atienden la determinación de la tradicionalidad, sobre todo en un ambiente donde falta la línea directa de transmisión que asociamos con la noción de la tradición como algo comunicado de generación en generación. En estas circunstancias, el *hecho* de la tradicionalidad queda reemplazado por la *apariencia* de la tradicionalidad, y ésta llega a ser tan eficaz como aquél en determinar hasta qué punto funcionará cierta expresión como refrán y sobrevivirá como tal. El resultado, a lo largo de los años, puede ser una preponderancia de refranes o variantes que exhiben rasgos formales conspicuos que los separan del discurso normal, y un menor número de refranes que dependen solamente, o en gran parte, del "consenso" o "verdad" que parecen expresar. La "autoridad" con la que habla el refrán dependerá más que nunca de la forma que adopta, y no de su antigüedad ni de la frecuencia con que se usa y se oye. Y con estas observaciones hemos trazado ya un círculo completo, volviendo a la noción del papel clave del oyente en el proceso de identificación y transmisión del refrán. El concepto que tiene éste del refrán como género étnico, su capacidad de percibir los elementos formales característicos de ese género, y su disposición a reconocer la autoridad que confiere la tradicionalidad, genuina o no; éstos son los elementos que al fin y al cabo van a determinar el futuro del refranero actual.

APÉNDICE

A manera de introducción a la presentación oral de este trabajo en el *II Congreso Internacional de Paremiología*, se llevó a cabo una pequeña encuesta experimental, en la que se les pidió a los que asistían a la presentación que escucharan la lista de expresiones empleada aquí e indicaran en una hoja de papel su juicio sobre cada una: 1, si la reconocían como refrán; 2, si no la reconocían pero les parecía que era probablemente un refrán, y 3, si no les parecía refrán. El grupo de encuestados se diferenciaba en muchos aspectos de los encuestados en California, no sólo por su número reducido (al final de la conferencia, sólo 9 personas entregaron la hoja en que habían escrito sus respuestas), sino también por su conocimiento profesional de la materia, añadido a la ventaja que confería el vivir rodeado de una fuerte tradición hispanoparlante. A pesar de estas diferencias, los resultados de este pequeño experimento tienen puntos interesantes en común con los de la encuesta llevada a cabo en Los Ángeles. Doy aquí los números de los refranes y pseudo-refranes, en el orden de su "proverbialidad percibida" en esta encuesta experimental, indicando para cada expresión, primero, el número total de encuestados que "reconocían" el refrán o lo consideraban como "refrán probable" y el número que indicaban que no les parecía refrán; después, la distribución de las respuestas entre las tres posibilidades (refrán conocido, refrán probable, no

refrán), y finalmente, para facilitar la comparación, el lugar que ocupa cada expresión en la lista que resultó de la segunda encuesta.

[1]	9/0 (9-0-0)	[1]	[14]	6/3 (2-4-3)	[14b]
[20]	9/0 (7-2-0)	[2]	[4]	5/4 (0-5-4)	[13]
[13]	8/1 (4-4-1)	[4]	[6]	5/4 (1-4-4)	[12a]
[16]	8/1 (5-3-1)	[7]	[15]	5/4 (2-3-4)	[10]
[19]	8/1 (3-5-1)	[5]	[10]	4/5 (2-2-5)	[18]
[21]	7/1 (4-3-1)*	[9b]	[11]	4/5 (0-4-5)	[19]
[2]	7/2 (4-3-2)	[11]	[17]	4/5 (0-4-5)	[14c]
[3]	7/2 (2-5-2)	[3]	[23]	4/5 (1-3-5)	[8]
[5]	7/2 (5-2-2)	[6]	[24]	4/5 (0-4-5)	[12b]
[9]	7/2 (3-4-2)	[9a]	[12]	3/6 (3-0-6)	[20]
[22]	6/2 (1-5-2)*	[15]	[18]	2/7 (0-2-7)	[16]
[8]	5/2 (1-4-2)**	[14a]	[7]	1/7 (0-1-7)*	[17]

* Omitido por uno de los encuestados
** Omitido por dos de los encuestados

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AREWA, E.O.; DUNDES, A. (1964): «Proverbs and the Ethnography of Speaking Folklore», *American Anthropologist*, 66, pt. 2, no. 6: 70-85. Incluido también en Dundes, A., *Analytic Essays in Folklore*, The Hague: Mouton, 1975, 35-49.

ARORA, S.L. (1984): «The Perception of Proverbiality», *Proverbium*, 1: 1-38; también en Mieder, W. (Ed.), *Wise Words: Essays on the Proverb*, New York: Garland, 1994, 3-29, y en *De Proverbio: Electronic Journal of International Proverb Studies* (University of Tasmania), 1 (1995), http://deproverbio.com/DPjournal/DP, 1, 95/index.html.

---- (1998): «Una familia de refranes 'destinistas' en español», *Paremia*, 7: 27-34.

BEN-AMOS, D. (1969): «Analytical Categories and Ethnic Genres», *Genre*, 2: 275-301.

MIEDER, W. (1985): «Popular Views of the Proverb», *Proverbium*, 2: 109-143. Also included in Mieder, 1993: 18-40, with illustrations added.

---- (1989): *American Proverbs: A Study of Texts and Contexts*. New York: Peter Lang.

---- (1990): «Consideraciones generales acerca de la naturaleza del proverbio», *Revista de Investigaciones Folklóricas*, 5: 7-16. Traducción al español de Mieder, 1989: 13-27.

---- (1993): *Proverbs Are Never Out of Season: Popular Wisdom in the Modern Age*. New York: Oxford University Press.

RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1930): *12.600 refranes más no contenidos en la colección del Maestro Gonzalo Correas*. Madrid: Revista de Archivos, Bibliotecas, y Museos.

SEVILLA MUÑOZ, J.; DÍAZ, J.C. (1997): «La competencia paremiológica: los refranes», *Proverbium*, 14: 367-381.

TAYLOR, A. (1931): *The Proverb*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press. Ed. facs. Hatboro (Pa.): Folklore Associates, 1962. Otra ed., Mieder, W. (Ed.), Bern: Peter Lang, 1985.